

Roma y por lo romano, “las cosas de Indias —subraya con acierto el autor del libro— siempre fueron pensadas por Sepúlveda como la oportunidad española de reproducir un nuevo Imperio romano” (p. 295). De ahí que su visión de América fuera siempre más teórica de lo que ha venido diciéndose: henchido de lecturas grecolatinas, Ginés de Sepúlveda no fue en esencia un estratega vendido a los conquistadores y colonos, sino un historiador y un pensador que intentaba articular un mundo nuevo con ropajes diversos, aunque mayoritariamente tomados de la historia clásica.

Más allá de que su posicionamiento sería del todo insostenible en nuestros días, debe entenderse su concepción en el marco de la intelectualidad humanista de su época. Su visión de las Indias, como se muestra a lo largo del libro, no estaba muy lejos de la que tenían muchos de los pensadores y eruditos de su época. A él le cupo, por fortuna o infortunio, tomar partido en debates en los que se entremezclaba, en cuestiones hartamente espinosas, la política, la religión y el derecho. Y su obra debe entenderse en este sentido, tomando sus opiniones en la globalidad, sin trocear una visión del mundo que estaba pensada para concordar en todas sus partes. De esta forma, así pues, su obra como historiador queda iluminada por sus escritos políticos, su correspondencia... y viceversa. En este libro, el autor plantea la necesidad de leer a Ginés de Sepúlveda como a un humanista, esto es, un intelectual de su tiempo y circunstancias.

El que fuera discípulo de Pomponazzi y recibiera los elogios de Erasmo, en pleno fulgor del Renacimiento, y que, tras una educación en Alcalá y en Sigüenza, pudo cultivarse *italico modo*, no debe ser convertido necesariamente en un oscuro, inhumano y despiadado personaje. Fue un escritor destacado, autor de una obra muy voluminosa y poco conocida. En este libro excelente, riguroso y sintético, el profesor Castilla Urbano presenta al autor en su contexto, e insiste en la necesidad de leer y de manejar sus obras en un sentido global, sin fragmentar su pensamiento.

Cabe, así pues, no solamente seguir este

sabio consejo, sino también tomar este libro como guía para corregir algunas lecturas deficientes o desviadas. En él no se hace una apología de Ginés de Sepúlveda, sino que se le intenta resituarse en el *Cinquecento*, itálico e hispánico, dándole la oportunidad de explicarse, mediante sus citas y sus ideas sobre la guerra, la paz, la vida activa, las Indias, Grecia, Roma... Con ello puede comprenderse mejor su visión del mundo. Es un autor que merece, en suma, una oportunidad, más allá de apriorismos y de clichés manidos. Y a través de este buen trabajo, el lector curioso podrá conocer a un personaje mucho más complejo e interesante de lo que suele decirse comúnmente.- RAFAEL RAMIS BARCELÓ

ÁNGEL SÁNCHEZ DE LA TORRE, *Sócrates (470-399 a.C.)*, Ediciones del Orto (Colección Biblioteca Filosófica, núm. 146), Madrid 2014, 95 págs.

La prestigiosa Colección Biblioteca Filosófica del sello Ediciones del Orto lleva publicadas en torno a centenar y medio de semblanzas a partir de la obra de ilustres cultivadores de la filosofía de todas las épocas y, recientemente, a finales del pasado año 2014, ha aparecido una segunda contribución en dicha colección a cargo del profesor Ángel Sánchez de la Torre, catedrático de Filosofía del Derecho y Académico Numerario de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Si en un número anterior del año 2012 vio la luz su trabajo sobre *Hesíodo (siglo VIII a. C.)*, ahora el protagonista es Sócrates, es decir, otra de las figuras que se integran en el Olimpo de la cultura universal. Tanto esta aportación como aquella, subrayémoslo desde el principio, siguen al dedillo, permítasenos decir, la máxima graciana que parece enseñorear la aludida colección: «Lo bueno si breve dos veces bueno». Y así es, en efecto, como a través de menos de un centenar de páginas el profesor Sánchez de la Torre nos transporta al universo socrático, a los ancestros de la filosofía (o, cuanto menos, a la entendida al modo occidental con vocación decididamente universalista). El ensayo avanza a costa de enhebrar con

éxito indiscutible una sucesión continua de sugerentes consideraciones a partir de un legado que ha llegado hasta nuestros días pese a no contar con fuentes escritas directas; y es que, ciertamente, como apunta el autor del trabajo reseñado, «el pensamiento de Sócrates no está fijado en letra, sino vivificado en espíritu» (pág. 11). Platón y Jenofonte, entre otros muchos, pasan por ser los principales divulgadores del pensamiento socrático que consta esculpido, diríamos, tal vez abusando de lo metafórico, con la fuerza desgarradora del alumbramiento. Aprovecharemos lo expuesto a propósito de la escultura y del hecho de dar a luz para rendir homenaje a los padres del protagonista: el padre de Sócrates, Sofronisco, era escultor, en tanto que la madre, Fenarete, llegó a adquirir grandes habilidades como partera. La aportaciones de Sócrates, valdría señalar, incurriendo de nuevo en un exceso metafórico, las podremos observar esculpidas, pues, con un impulso generador, tan creativo, que se mantiene, siglo tras siglo, como un manantial inagotable.

Puesto que nos referimos a Sócrates lo mejor será comenzar remontándonos a las raíces, que es tanto como hablar de las esencias, del pensamiento occidental en su vertiente señaladamente humanista. Y entre los aspectos más destacables del mensaje socrático por qué no resaltar la *autoconfianza* (análogamente, con cita de Antístenes, el profesor Sánchez de la Torre afirma que «el vector primordial de la virtud era la “autosuficiencia”», pág. 30). Este mismo criterio fue seguido por el mediático Alain de Botton en una serie de documentales televisivos en los que, con atractivo incuestionable, se concebía la filosofía como guía para la felicidad a base de conectar a media docena de autores con otros tantos sentimientos: desde *Sócrates y la autoconfianza* hasta *Nietzsche y el sufrimiento*; y sin dejar de mencionar, entre medias, a *Epicuro y la felicidad*, a *Séneca y la ira*, a *Montaigne y la autoestima*, y a *Schopenhauer y el amor*. La *autoconfianza* constituye también, remarquemoslo, una nota característica que no pasa inadvertida en la silueta que dibuja el autor del ensayo

que nos ocupa; especialmente cuando incide en el método mayéutico en acción y, sobre todo, cuando despliega sendas observaciones socráticas acerca de la educación dirigidas tanto a la consecución de la libertad como de la solidaridad.

El libro recensionado está dividido en cuatro apartados comprendiendo el segundo de ellos los aspectos nucleares del estudio. Al *cuadro cronológico* (§ I) inicial le sigue un apartado homónimo al del título del libro, *Sócrates* (§ II), que constituye, como queda dicho, el apartado central del ensayo. Los dos últimos apartados apoyan a los precedentes con una *selección de textos* (§ III) y un repertorio que incluye la *bibliografía* (§ IV) consultada.

El mencionado apartado central está dividido, a su vez, en otros nueve incisos dirigidos a desbrozar, en síntesis, temáticas diversas; a saber: ya sean las contraposiciones iniciales del empeño filosófico del sabio ateniense, incluidas las alusiones al llamado *Sócrates auténtico* y su relación con el —llamado— socratismo y las escuelas postsocráticas; ya sea concretando los principales temas de la reflexión socrática sin omitir otras cuestiones, ya anticipadas, como el método mayéutico y la gama de objetivos que se reconocen al fenómeno de la educación.

A continuación nos limitaremos a destacar algún que otro apunte con el simple propósito de avanzar qué es lo que se va a encontrar el lector; rehuendo, eso sí, cualquier pretensión que trate de resumir aquello que tendrá que acometer, luego de interiorizarlo, quien se decida a emprender el camino de una lectura que no podrá dejar de ser enjundiosa e inspiradora. Apreciemos esto mismo, aupado por el atrayente hilo conductor del ensayo, en las palabras que culminan, a modo de resumen, el epílogo de su estudio: «Al fin y al cabo, Sócrates se sentiría feliz haciendo de partero para el pensamiento de cualquiera de nosotros. Y el autor de este escrito se daría plenamente satisfecho al haber suscitado ocasión para tal *élenkhos*» (pág. 84).

Sócrates es considerado un «pre-texto» (pág. 9), es decir, opera como presupuesto para enfrentar la verdadera misión vital

que no es otra sino «buscar la verdad de los saberes y la excelencia de las conductas» (pág. 6). La misión enunciada se aprecia, haciendo gala del carácter enigmático inherente al genio socrático, como «tarea vital, y no como teoría de la vida [...sino, más exactamente, como medio de] buscar la virtud» (pág. 24). Las variantes y/o tendencias de la propuesta socrática son, prácticamente, omnicomprendidas; y es que el quicio de la virtud («la virtud -siguiendo el parafraseo del autor- es el precio de la excelencia humana», pág. 63) preanuncia, al menos, el *Idealismo* —Platón—; el *Realismo* —Aristóteles—; el *Eclecticismo* —Aristippos—; el *Radicalismo* —Antístenes—, e incluso el *Racionalismo* —Eurípides— (cfr. págs. 26-27). Actitud omnicompreensiva ésta en la que se inserta, en clave humanista, una amplia gama de temas en el seno de la reflexión socrática que van de la metodología (y, en particular, el *élenkhos* como medio de refutación) a la virtud, el amor, la moderación y así hasta llegar, por ejemplo, a la noción de forma y naturaleza (cfr. págs. 31-45). El método socrático como dialéctica que avanza eficazmente a base de preguntas y respuestas está íntimamente relacionado con la, ya aludida, misión tendente a determinar «cómo se debe vivir» (pág. 60). La educación, como «conocimiento y práctica de “virtudes”» (pág. 73) concilia, pues, *οδός* —método— y *τέλος* —fin—; de suerte que lo que está escrito como *τὸ Ἄλφα καὶ τὸ Ωμέγα* aparece, pues, aclarado como «el principio y el fin» (*Apocalipsis* 21, 6; 22, 13). Si, como se reconoce, «lo más importante en la Ciudad es educar a la juventud para hacer el bien» (pág. 75), la propuesta socrática consiste, pues, en un «hacer vital» en su conjunto, no *intelectualista* sino

integracionista, de manera que «la misión auténtica de la filosofía [sea] abrir camino a la felicidad auténtica» (pág. 80). Y tan es así que no cesan de trazarse círculos que van de alfa-A, α — a omega — Ω , ω —; círculos sistemáticamente recurrentes que aúnan, reiterémoslo, método —virtud— y fin —felicidad—.

Cualquier disertación sobre Sócrates no puede pasar por alto, añadámoslo, su proceso y muerte. Llama la atención el guiño a la actualidad con que el autor proyecta lo que Sócrates podría hoy decir acerca de los ejecutores -«jurídicamente»- de la «injusticia oficializada»; en tal caso, se apunta, «si Sócrates resucitara a este mundo, volvería a ingerir la cicuta» (pág. 59, nota 13).

El ensayo a que se refieren estas líneas constituye, en suma, una invitación para adentrarse en la aventura del pensamiento a través de uno de sus más significados pioneros. Se rebasa, con creces, la divulgación de altura y convendrá decir, por último, que el lector interesado aún tendrá la oportunidad de ver complementada esta lectura con otra obra reciente del profesor Sánchez de la Torre. Y es que el ensayo comentado podrá -y deberá- verse realizado con la lectura de una -segunda- obra de impulso narrativo como es la titulada *Yo, Sócrates. Mis últimas 30 noches* (Ediciones Clásicas, Madrid, 2014, 410 págs.) Dos caminos, el ensayístico y el narrativo, que discurren en paralelo y se retroalimentan alcanzando una armonía que bien pudiéramos calificar como sinérgica. Dos lecturas a considerar, pues, como un doble llamamiento en busca de la verdad y la excelencia de la mano escultora del alumbramiento socrático.— LUIS BUENO OCHOA